

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

ENRIQUE ALCALÁ ORTIZ



EL VIEJO OLIVO

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

*¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!*

Antonio Machado

1

SE CORONAN CON RAMAS DE OLIVO

Los que vivimos en Andalucía nos sentimos presos dentro de los olivares. Nuestros pueblos no son más que celdas blancas dentro de un panal adornado de olivos.

Las aburridas lomas, las encorvadas colinas, las laderas empinadas, las campiñas de secano, la tierra de labor, la tierra calma y descalmada, pedregales y tierra arenosa reciben en este contorno mediterráneo -que alguien algún día llamó nuestro- las irregulares raíces, los fibrosos pedúnculos dotados de geotropismo positivo-negativo que sirven de sostén a un árbol paleolítico, a un árbol neolítico, a un árbol mitológico cuyo mote latino es *olea europaea*, testigo mudo y espectador de nacientes imperios de fuerza y religiones; testigo mudo y espectador de moribundos desórdenes sociales, y trueques de culturas distanciadas y divergentes.

Nuestra tierra se hizo olivar que cantaron generaciones inscritas en el haz de sus hojas. (En el envés escribirían versos que mandaban a su olivita enamorada.) Nuestras luminosas tierras se hicieron olivares mucho antes que el hombre -mosca del aceite- dibujara en un papel de estraza la puerta de la historia. Nadie dejó escrito en piedra, papiro, pergamino o papel si fue antes el olivo o el hombre. (Muchos hombres son hoy por sus olivos.)

Desde el sueño de la niñez sorprendida recuerdo la división que los hombres hacían de los hombres: los dueños de olivares, y los que trabajaban en ellos. A nadie se la había ocurrido dividir los hombres en: soñadores y viajeros; cultivadores de rosas y sacerdotes de la alegría; hiladores de nubes y guardadores del sol; panaderos de la vida y extirpadores de guerras; lanzadores de semillas y contenedores de esperanzas. Su división cavernícola seguramente fue aprobada en un congreso de pesados dinosaurios. Por eso será que de ellos no nos quedan más que los huesos hechos roca y museo. ¿De historia natural? Por supuesto que no.

Lento, muy lento, pensé, sólo hay un camino: llegar a ti y comprender, ¿por qué las ropas de la historia se cubrieron con tus ramas de retorcido milagro y aspecto ennegrecido? ¿Por qué te hicieron las culturas -ya en la historia escrita- moneda de intercambio

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

y trueque, metal líquido en oro sublimado? ¿Por qué los imperios, las razas diferentes, las lenguas de babel, los pueblos del norte y del sur hicieron de ti poderío y decadencia en su tiempo de prueba y conocimiento. Y ornaron sus cabezas con tus ramas. Y blandieron tus ramas en sus homenajes. E hicieron orzas de barro para contenerte? ¿Por qué llegaron a hacerte dios? ¿Por qué lo aceptaban como rescate para liberar a sus rehenes? ¿Por qué las antiguas civilizaciones desde egipcios hasta griegos te idolatraron como árbol sagrado, símbolo de la sabiduría de la paz y de la gloria?

Ciertamente, algo ha polarizado ese conocimiento de línea cerrada que los hombres -mediterráneos, africanos y asiáticos- han creado siempre de una forma radial hacia tu centro que sin ser de gravedad, atrae -con fuerza de planeta- religiones y estómagos. Rápido, muy rápido, pensé, llegar a ti, viejo olivo, y comprenderte...

2

JORNADAS DE OCUPACIÓN

La primera: lunes.

Muchos días pasaré por tu lado quizá con apariencia de despegue, pero esto es una falsedad más grande que todos los olivos de Andalucía juntos. Tú, tal vez, mires de reajo, con miedo, dolido por esta indiferencia mía, entonces, mis ojos, abriendo y cerrando las pupilas, te dirán que te quiero.

La segunda: martes.

Llegarán días de intenso frío, de cristalinas nevadas y de salpullidos de escarcha, tú, olivo mío, estarás caliente, arropado con un manto de horizonte infinito y la imaginación te hará soñar con tu infancia de plumón y sales minerales, entonces, mis suspiros de ausencia y distancia aburrida te dirán que te quiero.

La tercera: miércoles.

Aunque eres milenario y das años como el universo días, cuando la estación en que la pradera se cubre de minúsculos colores y cada flor silvestre sea un farol que alumbre nuestra alegría, y te pongas a jugar al escondite como un chiquillo con las flores del huerto, entonces, mi inocencia primera, aquella que me acompañaba en mis años de luz infantil, te dirá que te quiero.

La cuarta: jueves.

En el otoño, cuando la familia de árboles se desnuda y descansa, y las hojas son lágrimas de una niña a quien se le ha roto la muñeca de cartón, y tú, sin embargo, de una tierra que se hizo espolón morado en tus frutos, atiborres tu follaje de aceitunas, entonces, con la prensa huesuda de mis dedos extraeré el globo de tu pulpa agriculce de olor y gusto, y humedeceré la cavidad oscura de mi fantasía que te dirá que te quiero.

La quinta: viernes.

Vislumbrarás esta horrenda jornada: se podrán turbios los ríos, secos los suelos, viejas las ramas, muertas las savias, apolillado tu tronco y las líneas de tu imagen difuminadas serán vagos puntos en los ojos que te contuvieron, entonces, cogeré una gran lupa pulimentada con la lija de nuestras conversaciones y una vez

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

orientada al sol del mediodía hará que sus concentrados rayos de luz y calor incineren hasta el último tejido de tu nervuda existencia, mis exequias de homenaje concelebradas te dirán que te quiero.

La sexta: sábado.

Si se desenfoca el objetivo de los sustos y preocupaciones, y el miedo de tu duda existencial echa raíces en tus raíces y florece más tarde en ladridos de perro espantado, entonces, no estarás solo, correré presto a tu lado y con el bozal de mi compañía te diré que te quiero.

Y séptima: domingo.

Cuando en la serenidad de la mañana creciente se oigan las campanas de la paz para llamar a la oración y a la reflexión sosegada, látigo y repulsivo de la espantosa soledad que se cubre de púas interrogantes, mientras la flora sosiega su domingo pascual, yo, entonces, moveré fuertemente tus ramas, con genio, con hercúleas fuerzas, con huracanado empuje y cubriré tu cuerpo para que despiertes al contacto.

Entonces, olivo, entonces, te diré que te quiero.

3

MI DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS

Cuando te regocijes con la primavera y sea el momento de la música, y de las canciones alegres, las canciones de esperanza, revestidas de tus sueños de cosecha; la cosecha que todo el año añoras y para la que te preparas, día a día concienzudamente, serás la *geisha* japonesa que me arrulle melodías soñadoras, mientras que yo recostado en tu tronco llene mi vista de paisaje, mi orquesta serás: isólo tú!

Cuando el sol abrasador de las desilusiones y el pesado desaliento me cubra con sus corpúsculos de altas temperaturas, y la tensión de mi corazón roce el borde mortal del infarto, tu sombra de irregulares formas será la cama hospitalaria que soporte mi cuerpo debilitado y abatido. Tu sombra será el bálsamo calmante que cure mis heridas deformadas, mi enfermero serás: isólo tú!

Cuando esté triste, solo, deprimido, harto de pasar cada día sobre la misma alienante situación, repetida y aburrida, y lleguen los días del invierno al calendario de mi vida vestidos con sus ropas de añoranzas, mi refugio serás: isólo tú!

Cuando mi lengua pegada al seco paladar de mi boca esté huérfana de palabras y no te pueda, ya nunca por siempre, decir que te quiero, la enterrarás en esta tierra sureña al lado de tus raíces menores para que ellas chupen su putrefacción y su sustancia. De esta forma, mi alma subirá a tus copas más horizontales y verticales, me poseerás: isólo tú!

Todo mi cariño hacia ti absorbe mis sentidos, mi energía vital, mis pulsaciones hormonales, el corazón que comanda mi sangre. El ordenado equilibrio de mi ritmo biológico polariza hacia ti, de día y noche, con frío y calor, mis cuidados, mi amor y mis canciones de alegría. Llenas mi vida y haces que nazcan nuevas flores de ilusión con las que hago la sopa que me nutre diariamente. Y estás solo, apartado, todos te pasan con indiferencia y siguen sin detener su marcha a través de un camino que ellos no han decorado, nadie te mira: isólo yo!

Desde que eras un pedazo de rama sin destino definido tienes

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

mis cuidados: arroparte por las noches para protegerte de las inclemencias del tiempo, guardar tus estornudos para que la blanca cigüeña no se asuste en su peregrinaje, proveer de alimento a tus hojas y abonar tus raíces, sacar la cara por ti cuando un día, el nogal que sembró el abuelo se hizo tan grande que hubo que podarlo para que tú tuvieras la parte de cielo que te correspondía, nadie te cuida: isólo yo!

Todos los problemas de esas cuadrillas familiares de jornaleros de la aceituna que se te postran de rodillas para recoger, oliva a oliva, tanta cosecha de los campos andaluces y que son llama viviente de un problema irresuelto y secular de esta tierra sureña, de desigualdades y contrastes, nadie te los traduce a un lenguaje de olivo: isólo yo!

Y en el crepúsculo de las tardes agotadas, cuando el sol ardiente besa las escamas de esmeraldas, y por las noches cuando enrojece con las azules miradas de la luna, nadie, nadie, nadie, nadie escucha tus estremecimientos: isólo yo!

4

EL ALIMENTO DE MI ALMA ACEITOSA

Antes de todo y después de nada, ¿qué somos?, ¿di?, si no aliento.

El mismo aliento. El mismo viento posa en tu emanación cambiante de caimán lengüilargo. De camaleón ojos saltones, ojos grandes sin párpados. Pez con vestido de Marte atravesado por una cápsula espacial.

El mismo aliento me traen las risas del manicomio próximo lleno de esquizofrénicos tarados y ciclotímicos que tienen su virtud en no encontrar su juicio. Locos de sentidos... ¿Serán acaso los únicos felices? ¿O esa sutil palabreja faltará en su diccionario de necedades? ¿O será su felicidad la inocencia de sus años de ángel? ¿O será su aliento lo que pensamos sea su anormalidad?

Los olivos me traen, estirados como velas, ese mismo aliento en las orillas del río Moriscos, río que está seco de amarguras en su estío. Se estiran tanto esos olivos para besarse y abrazarse donde nadie los vea para después mirar a ver qué pasa al otro lado del monte, como si hubiera algo más importante que ver navegar el río que no pasa nunca. El río es un mentiroso en su movimiento, porque sabe estirarse más que las cúpulas de los olivos y afirmarse tanto como nuestra inconformidad enferma y cobarde que por más que se estire nunca llegará a la debilidad de partirse.

Ese mismo aliento me quitó mi aliento. Ese mismo aliento enredó mi alma. Ese mismo aliento me dejó en un aislamiento total, sin nada. Ese mismo aliento reposa en el barro de mi carne vestida de piel de olivo, vestida de piel de aliento, vestida de piel de... Un aliento formó nuestra cilíndrica garganta con joroba empinada y otro lo estrangulará cuando sólo sirva para llevar corbata de seda artificial y jersey de lino con cuello alto como el que tiene el retrato del único Cervantes. Después de todo y antes que nada, ¿qué somos?, ¿di?, si no aliento.

En su movimiento riza las aguas del río y le hace caracol en su figura como los que llevan las gitanas de las cuevas, pero el agua se ríe de él, de una manera frontal, en su cara. Apenas se va, se quita la

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

permanente y sólo ríe si le tiran una piedra o si los juncales para pasar un rato divertido le hacen cosquillas de diversión en los sobacos de sus orillas.

El aliento es sólo momento, y su recuerdo desvaído es sólo su huella. Si llega a pasar otra vez no es el mismo de antes, pues cambia de camisa más que una boa y de color más que el camaleón de cola de serpentina.

El aliento es si camina, si marcha lentamente como una tortuga acorazada o como un tractor que pone en carne viva a las campiñas andaluzas, si no es una corriente de aire sin ningún sentido, movimiento sin seriedad, gigantesco fraude, resultado falseado.

El aliento, antes y después de todo, es la voz de mi alma amarrada al cuerpo, hecha agua con aceite dentro de una lamparilla que alumbrará hasta que haya grasa vegetal.

5

CULTIVADOR ACEITOSO

Todas las lenguas del mundo carnosas, rojas, húmedas, hambrientas, parpadeantes en su expresión de los deseos que esperan saciarse, te hablan desde lo alto, a coro, a mando, con un canto de ansia, de muertos vivos que desean tu vida de aliento. Y tu aliento de vida. Sus voces en valles, llanuras, en ríos verdes -como tu cara de aceituna joven- se expanden, se constituyen en abonos para calmar tu accidente.

Cultivador de aceite.
Primogénita materia.
Corazón de grasa.
Pan de pobre.

¡Qué sería de ellos sin tu pegajosa sustancia!

Sin tu húmeda materia de morada aceituna, de verde yerba, de temperatura variada.

Tu fertilidad de óleo ofreces bondadoso a esas voces que piden con un desmedido interés más frutos cada temporada. Pero no es este el caso. Tú no tienes mezclas para recibir el mensaje, por eso, no juzgas, no condicionas. Eso lo dejas para el viento que va de rama en rama, tocándote a sí mismo, sin detenerse, porque tú eres -así siempre- ofrecimiento espontáneo, milenario en edad, darte sin más en comunión venerable de cada día. Sin posarte, siquiera, en el conocimiento de esas lenguas que chillan sus ansias y que esperan tus frutos.

6

SUDORES CALIENTES

Me suda el olivo por todas partes de mi cuerpo, por todas las lenguas de mi alma.

Me sudan las hojas que son como ojos de serpiente que hubiesen perdido el dueño que las poseyó.

Me sudan pecíolos como comas ortográficas para descanso de lectura a la hora de leer tanta hoja pegada.

Me sudan ramas que soportan tanta hoja con tanto pecíolo.

Me sudan olivas.

Me sudan olivas ovaladas, esféricas, narigudas, chatas, verdes y moradas que son objetivo final de tanto desvelo, de tanta especulación, de tanta riqueza, de pobreza tan enorme y desproporcionada.

Me suda olivo caliente y olivo frío, mientras permanezco inmóvil y sin hacer ejercicios de gimnasia sueca para producir ese sudor.

Un sudor recorta mi figura de campesino andaluz esperanzado, y ese líquido alcalino se hace sal de oliva para protegerme.

7

TÚ TENÍAS GANAS DE DESCUBRIMIENTOS

Me levanté temprano, me tomé un vaso de agua retirada de la lluvia, no quería beberla del río.

Encendí mis pupilas, puse mis manos en los bolsillos de mis piernas y decidí por fin avanzar por ese camino, sendero de miles de años que recubre mi paseo, mi viejo olivo, por la historia que los hombres hacen suya, y que tú contemplas inmutándote sólo en primavera y siendo fruto en invierno.

Hoy tenía ganas de llegarme a la finca a charlar contigo. Dejé que la aurora ocupara mi lecho, y cargado con la escardilla de pala ancha puse un cero a la distancia que nos separaba.

Tú tenías ganas de movimiento, de anhelo arrebatado y descubrimientos. Por esto, obediente, hundí mis manos de perforador electrónico en el soporte de tus raíces y te arranqué -con delicadeza, pero con firme decisión- tus piernas vestidas de tierra, topo sin ojos.

La separación de macho y hembra fue dolorosa por ambas partes. Tú llorabas pegotes de tierra humedecida por las cofias de tus raíces. Y la tierra mostraba desganas en su cavidad estremecida. Era la primera vez. Nunca desearías más veces después de esta experiencia desprenderte de tu seguro cobijo, pero sabías que esto no sería para tu daño, mas por tu bien, y ampliar conocimientos, y ver verdades que aumentarían amores, y conocer gentes que no fueran ecos, y hacer paisajes, y contemplar cielos que cobijaran esperanzas.

Me desnudé el cuerpo, quería cubrirme con el tuyo y que nuestras materias llegaran a confundirse con la sensación de su roce. ¿Cómo te estremeciste! ¡Y cómo me estremecí!

Después del sosiego te cargué sobre mis espaldas. Eras tan torpe de movimientos que yo realicé, por ti, lo apostaría, una prueba gimnástica.

De tus ramas salió un pardo gorrión que aleteó buscando lejanías fuera del movimiento de tu cuerpo inesperado e incomprometido para él, pues siempre te conoció en vertical fijeza, en perenne de hojas y desprendido de tiempo móvil.

La noche y el día aún estaban unidos en miedoso beso. En

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

hermoso abrazo. Ni es de noche, ni es de día. Ni las vacilantes estrellas habían desaparecido, ni la claridad del día pintó de luz el paisaje. Nos montamos en mi carroza de troncos de olivo que estaba tirada por cuatro rayos de luna que hacían de cadena de fuerza, y nos remontamos a la región de lo desconocido. Allí habita la fantasía casada con el ensueño criando a su único hijo: la poesía. No contamos el tiempo en este viaje turístico.

Soñé que a la orilla de un río caminaba con mis tardes de joven. He visto como el agua besando la roca se come su cuerpo. ¡Pobre incauta, engañada con el beso de Judas!

Soñé que a la orilla de un río paseaba con mis crepúsculos de hombre maduro y al mirarme en el espejo de sus aguas rojas he visto pequeñas ramas de olivo con grandes racimos de frutos maduros que viajaban como regalo de un olivar para la hija menor de Neptuno.

En nuestra rápida carrera, ya de vuelta, sentimos mi olivo y yo nostalgia de la aldea y de su paisaje y miramos a la par anhelosos hacia abajo buscando paisajes familiares. ¡Qué gozo nos inundó cuando vimos mi blanca casa de merengue encalado rodeada de extensos olivares por todos lados! ¡Cuántos hermanos! ¡Qué familia más numerosa!

Allí forman líneas a tresbolillo, a marco real como un ejército dieciochesco esperando la señal de ataque presto para la lucha.

Los hay altos como pinos, bajos como zarzas; viejos como matusalenes, jóvenes como amaneceres del día, barbilampiños y juguetones. Los unos soldados aprendices, los otros jefes en experiencia. Pero todos con el arma de frutos morados, de los frutos negros, por eso este ejército vence siempre en la guerra de su cosecha aceitosa. Cada vez los olivos eran más grandes, descendíamos a una velocidad de vértigo incontrolado...

Como por milagro, el sol cubrió los horizontes, perfumando el olivar con esencias de oro luminosas. Tú estabas ya en tu hoyo.

Amanecía aún cuando me quedé dormido con una de tus hojas entre mis dientes.

8

CREPÚSCULO MARRÓN

La tarde huía dentro de sus apagadas y mortecinas luces, dejando paso a la noche silente, oscura madre de los sueños, matriz de disparates y alegorías. La noche con su manto de misterio y su edredón de nubes ovilladas. Es la noche del olvido que ahora arriba. La noche que convierte en polvo fino la humedad de tu savia. ¡Oh, el crepúsculo marrón de tu vida! ¡Oh, las noches en vela de tus ramas! ¡Oh, la seca figura de tu esqueleto desprovisto de follaje!

Los párpados se pegan. Las pupilas se obstruyen. Las pestañas se anudan. Los ojos se cierran. ¡La noche ha llegado!

El sentido se aparta, y el alma, presurosa, se esconde en su etérea casa de inconsciencia, y cierra sus puertas de abeto, y cierra sus ventanas de nogal, y encarcela al verdugo de su entendimiento con duras cadenas, con fuertes candados, con fallebas de reforzado bronce.

Ahí te quedas, olivo mío. Ha llegado la noche y los ojos se cierran. Los ojos del cuerpo, pero no los ojos del alma. Del alma que tanto tiempo hace arropas delicadamente en tus desgrefñadas copas.

La larga noche. La eterna noche desprovista para siempre de auroras, cuando se cierran, en infinito, los ojos del cuerpo, y permanecen abiertos, en infinito, los ojos del alma.

Tu noche ha llegado, mis ojos se besan.

Tu noche es ocaso de muertas savias y hojas secas con añoranzas de cosechas invernales.

Tu crepúsculo es un misterio donde los ojos se besan. Donde mis ojos se cierran para guardar tu contorno.

9

LAS HOJAS (1)

Las hojas de tu cuerpo son los ojos de tu alma.

Caramelillos de menta, de menta verde y parda tierra. Pulmones abiertos al sol andaluz que transforma rayos ultravioletas en aceitunas moradas. Bronquiolos lanceolados que consumen la claridad de la luna llena y la transforman en leche fibrosa de madera que al contacto con el rocío se trueca en horrorosa coraza de ancestral sabiduría.

Tus hojas son flechas lanzadas por un ejército ibero en pie de lucha que apuntando al cielo, en desbandada, -en un acto de desesperación y hastío- desean matar a las estrellas de su impotencia, ya que no pueden hacer frente a un ejército invasor fuerte en organización e hierro, y por tanto en razones.

Son tus hojas, mensajes de lunas blancas, de lunas siempre en creciente que cuando los escriben se ponen sus mejores galas: zapatos de corales y vestidos abribeños que llevan estampados convexas tajadas de melón similares a lunas moras.

Tus hojas, calladas siempre, pero bailando a todas horas al aire que le tocan, son las lenguas de tu cuerpo que tantos amores encierra en las ventradas aceitunas, en los nudos añosos de tu tronco y en tus grises ramas o en las regiones ocultas de tus enterradas raíces que están muertas de vergüenza bajo el suelo. Entre las raíces y las hojas hay reciprocidad de intercambios, un toma y daca, un bolsín de compensaciones, un laboratorio químico, con el objeto de transformar aroma y sustancia en elixir líquido. Las raíces dan vida a las hojitas. Las hojitas dan vida a las raíces.

Son tus hojas amarillos canarios que cantan y cantan cuando el viento mueve tus ramas. (Algunos dicen que son gritos de dolor, pero yo no quiero creerlo. Más bien serán geniecillos de agudo gorro con luengas barbas y narices achatadas de tanto besar y cantar aleluyas.)

¡Oh, las hojas de tu cuerpo! ¡Oh, los ojos de tu alma amoratada de aceite amarillo! Son panificadas esmeraldas y flechas pequeñas de clorofila.

10

LAS HOJAS (2)

Regocijo de multiojos pediculados, caídos, resucitados, verde de olivo, por fuera; plateado de olivo, por dentro.

Hojas, ojos, hojas. Hojas.

Pupilas sin pestañas de un camaleón lengüilargo hecho dragón en miniatura chinesca. Ovoide estirado de forma aerodinámica para estar siempre a favor de la corriente, en balanceo constante, perenne, sexual, de movimientos quietos, recatados, sublimes, pendulares, de un sí, sí, ahora mismo o de un no, no, ahora luego. De un sí, sí de ofrecimiento, de un no, no, de viento tempestuoso que pone en forma las fibras leñosas de tu materia.

Forma, como navajas gitanas.

Movimiento, como cuchillos afilados.

Brillo, como lanzas de los tercios.

Pena, como látigos del dueño.

Mar, como movimiento continuo.

Todos los que vuelan copiaron su forma. Nadie más que tú y yo, nadie, nadie, conoce nuestro secreto.

El gorrión más simple.

La golondrina más negra.

El cóndor más grande.

El buitre más fiero.

El águila más majestuosa.

El mochuelo más feo.

El canario más músico.

El pavo real más orgulloso.

La gallina más útil.

El cisne más bello.

La gaviota más blanca.

El zorzal más cazado.

Todos se hicieron hojas lanceadas de olivo. El origen está en la forma y la vida en tu color.

El origen en ese cuerpo de paloma voladora portadora de sueños y amores. En ella te sientes a gusto, tranquilo y realizado

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

mostrando la verdad, de tu verdad eternizada.

Y la vida en tu color de dos caras, verde-intenso, verde-plata.
Clorofila de sangre que te sube por tu cara y te pone verde de salud y frutos.

Tantos ojos de misterio.

Tantas hojas repetidas.

Tantos pulmones al viento.

11

ESTACA

Pequeño, inútil, parecías en tu esqueje de brazo partido, cortado por la metálica hacha de los forzados, venosos, agotados brazos de campesino cortijero. (Moreno de tierra ocre y sol ardiente.)

Desgajada rama de esperanzas presentes y frutos tardíos, lejanos. Esperados en un tiempo de segunda etapa, posterior a la primera de esperas y somnolencia.

Estacas erectas, ondulantes, encorvadas, rugosas, de piel ennegrecida, azulinas, impermeables al tiempo.

Brazos sois de un mar de tierra que os albergará humedeciendo esa corteza -coraza medieval- que protege tus paralelos canales de savia verdiblanca. Te poseerá haciendo que brotes esplendorosa y fascinante en numerosas yemas, base de añosas y deseadas ramas futuras.

El aserradero hizo virutas y palos secos con esos hermanos de sangre verde que tienes, y que no tuvieron la suerte que te cayó y que hizo de ti continuador de existencia inacabable, eterna, para siempre y más. Con esperanzas de renacer infante. Tus hermanos murieron en la reconversión de la energía de fuego, tambaleante energía de un cuerpo transformado en una vida de contenido indefinido.

Pero a ti, estaca, te prepararon el recinto con tierra húmeda y pegajosa. Matriz, sin cordón que te albergaría sin vomitar jamás tu salida, si no que servirá de cobijo y cámara real donde tus genes de crecimiento podrán desarrollar su programación de siglos.

Palo en el aire, sus besos te oxidan.

La tierra es tu madre que al pudrirte: estaca, esqueje, palo, rama, trozo, con un poco de cuidado te convertirás en el olivo para el que fuiste, estaca, preparada.

12

DÍAS DE PISTILOS FECUNDOS

Los días de sol perpetuo, esplendoroso y sensual nacieron al mismo tiempo que esa brisa renovadora que trae la primavera en sus manos manchadas de clorofila.

¡La primavera del olivar! Bella arpa de tronco de olivo viejo con una sola cuerda: la de la alegría vital. Luz que desparrama su líquido fecundo en los vivos y en los muertos. Hasta las piedras se sienten vitalizadas: crecen a empujones para hacerse paso entre la yerba que cubre los terrones de tus pies. (En mi olivar, la primavera entremezcló los colores de la enseña andaluza: el verde de hojas con el blanco de flores de racimo.) Por eso, olivo, como festejo, te cubriste con el vestido de tul albo y adornaste los lóbulos de tus hojas con los pendientes de conchas de ostras. Un lujo. Aquellos que te traje como regalo de una de mis visitas al Mediterráneo. ¿Te acuerdas? Aún eras imberbe en aceitunas. Un naufragio de piratas pareces cuando la primavera te abraza con tus pétalos impolutos de floración. ¡Oh, la bella primavera con su cara almidonada de polen!

Te tocó la fecundidad en tropel níveo y se apelotonó en los millares de diminutas florecillas. El esplendor de estas mañanas estaba ajetreado mostrando los caminos que llegaban hasta las flores a los insectos dormilones de la maleza, iba de agujero en agujero como una pandereta de piel de cabra cantando fandangos. Nadie se resistía a su encanto. Su euforia fue esparcimiento de fecundidad múltiple en tus flores sin mancha que son el escaparate de la cosecha invernal. ¡Oh, la voluptuosa primavera del cortijo olivarero, y de la campiña olivar! ¡Oh, la sabiduría del pistilo que se alegra con castañuelas de pino y zambomba de alegres pascuas.

Habría que preguntarte: ¿Por qué te consagras de albino pajizo en tu honesta fecundación? ¿Por qué se te antojaron la suma de colores del espectro? ¿Por qué la poltrona de tu ramal fue hospedería y requiebro para ese aderezo floral? ¿Por qué es un movido y ancestral baile de zambra el ajetreo de tu fecundación?

¡Ay, la jovial primavera, cuando pasa por tu lado, olivo, te pone para tu futura maternidad aceitosa una careta blanca amarillenta!

13

PODA CURATIVA: SAVIA NUEVA

Cuando apenas la primavera se hizo presente y se escondieron en la cueva del pasado invierno los huesos de las aceitunas perdidas, las ramas del olivo -ayer tan esbeltas- presentan síntomas de cansancio, están exhaustas, agotadas, drogadas por el esfuerzo de su cosecha abundante y numerosa. El peso de los frutos invadió de estrés todas tus ramas: viejas y jóvenes.

Las ramas declinan un esfuerzo que se hizo aceite para beber. (Un esfuerzo existencial que lo justifica a los ojos de los habitantes del huerto.) Programaste mal tu capacidad de resistencia. Tu ambición de cosecha fue mayor que la dureza de tus palmípedas ramas de chocolate, hechas solamente a volar sin despejar sus alas de verde oliva. Daba corte en los días de otoño contemplarte con tanto fruto. Tus ramas eran arcos de medio punto con los que construías una catedral románica. Un contraste en esta tierra andaluza que apenas conoce el gótico, y que además se goza en un barroco de hojarasca que tú detestas.

¡Tanta rama! ¡Tanta aceituna hecha de algodón de aceite! Ambicioso fuiste. Te sentías feliz disfrutando un objetivo conseguido. Ambicioso fuiste para dar. Tanto, que alguno de tus brazos se astilló por el sobrepeso. Se doblaron irregularmente gritando una pesadez que, sin pensar, se les había venido encima. Pero la mayoría resistieron la carga y consiguieron madurar. Y ese fue tu éxito. Y ese fue mi producto. Ambicioso fuiste para dar.

A las más viejas se les nota una cara indecible de fatiga tranquilizadora. Están corroídas por la gangrena del cansancio cosechero. Se hicieron aceite cuando iban muriendo poco a poco. Tanto fruto dieron que entregaron su alma en ello. También entregaron su cuerpo. Por eso ya no sirven, porque se entregaron. Descendieron para hacerse rama muerta. Murieron para convertirse en palo. Palo que arrastrará el temporal río abajo.

Con estas razones llegaron los cirujanos de la poda. Mostraban carcajadas de música popular en sus rostros. Con sus hachas al hombro eran las aspirinas que calmarían tus dolores de rama seca e

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

inútil. Cuando vuelan sus hachas los magos galenos, amputan tus manos cansadas. Te las cortan a golpe de acero para dar paso a nuevos brotes que traigan savias renovadas. Así es la vida. Tú lo sabes y lo agradeces, porque te beneficia.

¡Dichosa sabiduría!

El sector de sombra que proyecta tu cuerpo sobre la tierra se fue llenando de despojos inservibles, mientras tú temblabas enloquecido a cada golpe de hacha que recibías. (Las dos yeguas del vecino viendo su bocadillo por el suelo se acercan juguetonas, y enseñando sus dientes los aplican a las hojas más verdes.)

Por la tarde, me acerco en visita piadosa para recrearme con la juventud que acaban de sembrarte con la poda. Mientras duermes tranquilo, recojo las ramas que luego hago en costales para llevármelos al hogar donde se convertirán en picón y lumbre. Y así, transformada en misterio de energías caloríficas, el pedazo muerto de tu alma desgajada volará a las regiones más altas de ese cielo que te cubre a todas horas.

14

LAGRIMONES DE ACEITUNA

Si alguien en nuestra tierra de sol y de olivos ha de buscar sus raíces se encontrará con un fruto: la aceituna.

Ha de pasar San Andrés y el otoño cortar bastantes de sus días para ver salpicados de lagrimones verdes, morados y negros subidos las ramas de millones de olivos que ofrecen estos huevos de paloma para manchar de aceite los trajes de la novia primeriza. En estos días, el firmamento proyecta su figura sobre nuestros olivares. Si en los fríos días de escarcha, rocío y nevada del oscuro invierno cuando el olivo sostiene sus abundantes pepitas huesudas se le pudiesen quitar sus raíces, sus ramas, sus troncos y sus hojas, y se quedaran flotando por encanto ingrávito todas las aceitunas, montones de ellas navegando como impulsadas por alas de mosca, los mayores del lugar podrían ver su sueño de infancia, contemplarían las innúmeras variedades de: lucio, albaideño, moradillo, verdial, gordal, manzanillo, carrasqueño, varal, negrete, cornezuelo, cordobés, marteño, sevillano, picual, hojiblanca, lechín, rapazallo... Todos saldríamos al cielo abierto con agujas aceradas y afiladas lanzas -o a mano limpia- para herir, cazar y comer, en tropel desordenado según el gusto y la ambición de cada cual. Si el aire se distribuye de esta forma: ¿por qué no también las aceitunas? Sería la revancha del pueblo andaluz para cosechar a su antojo.

Me dijo un cortijero -quemado de frío y frito de sol- que conocía lugares donde los olivos desprendían gruesas lágrimas en la soledad del olivar cuadrado. Y que al principio eran transparentes y cristalinas y que se iban enturbiando conforme tomaban el aire respirado y viciado de los hombres. Con el frío helado de las noches serenas y despejadas de diciembre y enero, poco a poco se iban solidificando y tomando cuerpo de aceituna, que se tornaba lentamente morada como el manto de los nazarenos. (Quizá por eso el hombre viste de aceituna sus penas y también sus errores.)

Seguramente, mi viejo olivo, los frutos que tan celosamente guardas son verdes lagrimones de morado oscuro. ¿Son tus frutos sangre de lirio azul y sangre de verdes habas? ¡Cuántos secretos

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

escondes en esas aceitunas! Numerosos ojos que te guardan. ¡Cuántos secretos escondes en las tiernas aceitunas de algodón de piedra! ¿Qué secreto escondes en tu pardo hueso para cubrirlo con esas esponjas de sangre que más tarde serán pajizo aceite? ¿Por qué, olivo, trabajas y fructificas cuando casi todos los árboles duermen el letargo del oso polar y asturiano? ¿Por qué miras al invierno con esas aceitunas tan calvas? Dime: ¿son los ojos de tu cuerpo desprovistos de cejas y de pestañas negras, acaso puntiagudas naricillas castigadas a no respirar? O más bien: ¿Son tus aceitunas verdes lagrimones morados de alargada cabeza y con una delgada pierna que le sirve como a los murciélagos para asirse a tus ramas y no caerse mientras viven su madurez?

Nuestra tierra se hizo olivos. Olivares se hicieron los deseos de los hombres. Por eso será que nuestros ojos son dos aceitunas.

15

FIESTA VEGETAL

Ya pasó el verdeo y la delgada vara volteó sobre el lienzo una copiosa tormenta de aceitunas que lo alfombraban irregularmente. Sobre los salientes pedregosos, candiles de aceite iluminaban caminos de luces parpadeantes. Es fiesta en mi huerto olivar. Numerosos invitados llenan su recinto de espuma con vestidos de varios colores.

Entre todos sobresale el cupulífero matrimonio formado por la encina y el roble que vivían en las escarpadas montañas a donde habían sido empujados por la civilización del olivar. Llevaban colgadas en sus tortuosas ramas de color verde leonado sus mejores bellotas dulces y amargas. Estaban rodeados de una numerosa chiquillada de chaparros y quejigos que se les veía jugar a todas horas en las faldas de la sierra, y que para la ocasión se habían puesto matas de aulaga, y olorosos romero y tomillo. No se estaban quietos, se quitaban apresuradamente el polvo que habían cogido en el camino el cual, al ser respirado, les provocaba estornudos, y estos les producían disparatadas carcajadas.

Tomando una infusión de zarzaparrilla se veía un grupo formado por un enebro, un lentisco y tres madroños. Vivían en la misma meseta, pero esta temporada no habían tenido tiempo de visitarse. Se ofrecían mutuamente sus propios productos: madera olorosa y jugo para la ginebra; almáciga y aceite para el alumbrado; y, madroños de color rojo.

Los sotos de la ribera y de la vega se quedaron casi despoblados de maleza y matas. Cogidos del brazo, formando una abigarrada cadena de vegetación, cubrieron el olivar, -aseado para la ocasión- en escasos momentos sabinas, durillos, cornicabras, zumaque, gayombas y madre selvas.

Muy lejos se veían corriendo con la lengua en los tobillos algunos ejemplares de matagallos, majuelos, peonias y retamas.

A los invitados se le ofrecieron hasta el hartazgo aceitunas dulces y maceradas.

Todos gritan, vociferan y beben aroma vegetal. Bailan al son del trino de unos canarios amarillos y colorados contratados como

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

músicos y animadores. Como sueldo se llevan una buena paga: los olores exuberantes que desprenden los invitados. Bellos músicos dirigidos por una mantis religiosa, intérpretes de vales armoniosos y magistrales de un autor llamado naturaleza.

¡Qué hermosa verbena en la fiesta de tu cumpleaños! Podrás sentirte contento pues toda la alta sociedad de la flora comarcana ha venido al guateque. Aunque sí es verdad que algún árbol de la huerta no ha acudido -por celos de chiquillo, por supuesto- te enviaron sus regalos y han cumplido.

Han cesado de tocar. Los músicos vestidos de bandera nacional se han acercado al río a refrescarse la garganta y relajar sus plumas.

Como homenaje a mi olivo verde mar, varias jóvenes margaritas con su cara amarilla y corona de algodón se cogen de la mano y forman corro. El efecto fue inmediato. Se hicieron corros concéntricos que danzaban y cantaban. Le cantan a mi olivo canciones de amores, canciones de gnomos, canciones de duendes.

El paraíso tiene que ser algo parecido a esto. La plenitud de la dicha subía y bajaba por todas las ramas de mi olivo que desprendía lágrimas de contento por los poros de sus hojas.

Mi olivo es feliz: a todos los quiere y todos lo quieren.

Hasta altas horas de la madrugada se cantó, se bailó, se comió y se bebió. A la mañana siguiente en el olivar se veían hojas lanceoladas, acorazonadas, ovaladas, hendidas y partidas, junto a restos de ramas y pisadas de troncos llenas de huesos de aceituna.

El eco de la fiesta se oyó durante las tres cosechas siguientes, que por cierto fueron pródigas en buenas y abundantes aceitunas.

16

LA TARDE DE UN OLIVO COQUETO

Aquella tarde, en su ocaso mágico, alzaba tonos azules, malvas y violetas, dentro del rosa de un cenit desprovisto de orgullo que disfrutaba del natural espectáculo al que asistía sorprendido y gozoso. Los olmos y álamos de la ribera del río Salado habían escondido sus despistadas cítaras para evitar que el vacío del aire las estremeciera de gusto. Mi olivo se sentía coqueto. Sentado en la orilla del río, le quitaba colores a una amapola y a un clavel, y después pintaba sus labios con esa tintura de sangre. (El rojo clavel y su novia la roja amapola se asustaron al verse desnudos y desteñidos, y dando saltos sobre sus pecíolos se escondieron entre los prosaicos jaramagos.)

Observó sus hojas encendidas de colores, su hermoso talle - ceñido con encajes de enredadera- hacía su cuerpo esbelto. Le daba soltura de pureza, de príncipe medieval, de joven púber dispuesto a la aventura arriesgada y a la amorosa sorpresa. Parecía encarnación de un rey en madera de olivo.

Los pardos zorzales se acercaban amistosos y le besaban la cara. En su cara anaranjada. Batiendo alas en veloces vaivenes de sube y baja, se acercaban por parejas y soltaban estruendosas carcajadas al verse sus picos, sus cuellos y sus ventrudas plumas teñidas de rojo igual que el que tienen los colorines de la serranía. Al despedirse escribían con su pico en las viajeras aguas, lo mucho que lo querían y el mensaje de amistad de un olivo africano. (Uno de ellos cometió una falta de ortografía.) Los zorzales son esos bellos pájaros que van recogiendo sus lágrimas.

La tarde desaparece en la lejanía, no sin antes haber espolvoreado de negro todo lo que alcanzaba la vista. La suma de dos oscuridades era demasiado para un olivo dormilón. Despertó sobresaltado y aturdido al oír el suave cuchicheo y las risas de dos chopos que, haciendo manitas, pasaban por su lado. Contempló orgulloso en el espejo del agua su cuello prisionero de juncos riberales. (Para los niños que se acercaban, los afilados juncos son espinas; para la tejeringuera de la plaza, carrusel de ruedas pringosas, pero para mi olivo son materia prima para collares y pulseras.)

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

Moviendo su ramaje vio en el fondo del río su cara de escamas verdes y su cuerpo aceitunado. Tiró una aceituna y desapareció en el oleaje de las ondas concéntricas.

17

SECRETILLOS

Me siento culpable soy amador de amores secretos. El primer día cuando descubrí el de mi olivo fue una admiración. Los días siguientes me inundaron de un gozo continuado y burbujeante.

Permanecía en el olivar, porque tenía el turno de riego por la noche.

Estaba azul y claro el alto monte, y de un verde espeso, el apretado valle. Se percibía un suspiro de vida y un lamento de moribunda tarde agotada de tanto paso, de tanto trajín de horas como la pasaban.

Un pajarillo pajizo y cobre volaba sobre su nido de pajas secas y barro sólido diciendo buenas noches a todos los que lo entendían.

Cuando el cielo enrojece para despedir a la tarde, es ocaso sobre los olivares andaluces.

Azul, rojo subido y violeta difuminado en el empinado monte, a abajo: verde y espeso el apretado valle.

Ya de noche, en el momento que con la escardilla iba conduciendo el agua por los surcos de la huerta descubrí un secreto.

¿Has visto, hermano, aquel olivo que hay en el centro del huerto y al que tanto me ves cuidar? ¿Has estado alguna vez en el extremo sur de la finca donde está la olivarda a la que apenas hacemos caso?

Yo sé su secreto que voy a contarte, pero no lo digas a nadie. Secreto de dichas. Secreto de olivos. Secreto de amores.

Ya la luna se ha escondido en una huida de complicidad y madre con su pío, pío, ha dado el último grano a las gallinas dormilonas. Entonces me escondo detrás de los trigales cañosos que se mueven como diciéndome así que no, y en silencio veo como la olivarda salvaje y pura, y el olivo cultivado y educado, se hablan cuando mueven sus ramas.

Aprovechan todo para comunicarse. Si un pequeño trepatroncos cambia de piso porque le han mandado el despido, le dan un mensaje para verse a escondidas de todos.

No sé cómo una tórtola les ha enseñado el lenguaje de los sordomudos y así los ves a todas horas moviendo sus ramas y

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

hablándose por señas.

Ayer noche cuando me levanté para atar a Lucero, que no dejaba de ladrar, los sorprendí besándose detrás de la choza.

Aquellos olivos se aman en secreto, pero no se lo digas a nadie.

¡Palomillos de plumaje verde! ¡Dichosos seáis olivos de mi huerto!

18

BUEN APETITO

Saliste de tu calenturienta fiebre apagado y desnutrido. Tu debilidad -mejorable según diagnóstico médico- se trasluce en ese ribeteado que contornea tus hojas. Me he dado cuenta cómo la calcinada tierra que te soporta, hizo pastillas de fósforo y sal que luego dejaron abandonadas por la noche para que cuando desayunaras por la mañana fortalecieras tu cuerpo.

Quiero verte en forma, pero es imprescindible que comas. Come, arbolito, ese sol ardiente, come su energía calorífica como primer plato de tu rehabilitación y bebe de los rayos de la luna cuando te ofrece su líquida claridad vestida de satén negro para que cuando se acerque oferente no te deslumbre. (Le declaraste tu amor y ella te correspondió, sin pensárselo, afirmativamente. Muchas veces, por las noches se os ve abrazados escondidos en el roce suave de una nube pasajera. Las comadres rumorean que pronto habrá boda, pues han visto en tu cabaña el manto de ilusiones florecidas que te tiene guardado como primer regalo de bodas).

Necesitas comer y bien, no me desconsueles por un motivo tan nimio. Quiero que tu aspecto mejore por días. Prémíame esta preocupación con tu salud. Necesito tu amistad para encontrarme. ¿Querrás hacer esto por mí?

Come y bebe del invisible rocío, sólido y líquido, que humedece tu sequedad nocturna, y que después tú usas para lavarte esa cara de hojas que tienes. ¿Sabes que el rocío es el hijo benjamín de una rosa sublimada? (El garbanzo negro de la familia del rocío es la escarcha que quema de puro frío sobre todo si te coge en la época de floración.)

Ay, rocío, máscara de llanto pintas a mi olivo cuando besas su cara, sé bueno y no te conviertas en escarcha. Ay, rocío, rocío, descienes, flotando por las noches como las pequeñas pompas de jabón, y sólo te ves por el día con la luz indirecta, más desapareces, por vergüenza, en cuanto el sol asoma la cara.

Bebe el semisolidificado néctar que te traen los insectos voladores en sus delgadas patas de estropajo cuando por la tarde

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

llegan para hacerte cosquillas en los nudos de tus ramas. Aprovecha el momento del suave contacto y come apaciblemente ese alimento tan nutritivo. No dejes pasar esa sensación tan agradable.

Come arbolito, come de postre un pastel de rosas o un ramo de uvas pasas y dulzonas. Come y bebe. Regálame un palmo más de tu retorcido cuerpo antes de que se aleje la otoñada montada en la grupa de un pegaso por esas lejanas cumbres.

19

CUMPLEAÑOS

En la tierra el sol robó sus rayos y la luna viendo nuestra pobreza, nos da como limosna su luz opaca y apagada.

Luz de misterio y enamorados. Es de noche. Y es verano. A los acordes de una guitarra lejana, responde una voz desgarrada y sentimental cantando historias de amor y muerte.

Un grillo, de vez en cuando, hace sonar también su monótona melodía, pero su canto es sólo de amor, ya que deja la muerte para los humanos civilizados.

Sentado en un rincón de mi huerto, entre jazmines y amapolas, tejo un collar con destellos de luciérnagas y colores de arco iris.

Deseo tratarlo con mucho cuidado, ya que tiene una fragilidad de vidrio. Quiero conservarlo puro de miradas curiosas que marchitarían su lozanía.

Hoy mi olivo cumple años.

Por este motivo, me he robado sueño para tejer este collar con destellos de luciérnagas y colores de arco iris.

Este es mi regalo. Antes de que amanezca, me llegaré con pasos quedos, cargado con la escalera vieja de ocho peldaños y pondré este brillante collar entre tus ramas.

Será curioso ver la cara de espanto y sorpresa de los pájaros madrugadores.

20

BALADA DEL ZORZAL FRITO

I

Los olivos, el terruño, el cortijo.
(Tres zorzales hambrientos.)

Los olivos, el terruño.
(Dos zorzales hambrientos.)

Los olivos.
(Un zorzal hambriento.)

II

Las macetas, las morcillas, el sudor.
(Un zorzal tira plumas a la trampa.)

Los monteses, cortijeros y gañanes.
(En el olivar, un zorzal ya sin vida.)

Los tejados, las praderas, la labor.
(La cocina y el olor a zorzal.)

21

LA HONRA QUE SE PERDIÓ EN EL OLIVAR

Las dos usaban sendos pañuelos estampados que cubrían sus cabellos y sus orejas. Pañuelos que estaban anudados en las bases de sus delicados cuellos. De sus ovalados rostros sobresalían los secos labios quemados por el frío, y las mejillas y narices sonrosadas de tanta luz.

El resto de sus figuras era un ovillo que se arrastraba por la pendiente de la finca y estaba cubierto con usadas ropas de las que salían las aberturas de unos pantalones de hombre.

Madre e hija se habían quedado recogiendo las últimas aceitunas entre el zumaque y la coscoja.

Mucho más arriba, casi cerca de los encinares salvajes, se divisaban los avareadores que daban una paliza al olivo con palos de álamo, mientras cantaban pícaras letrillas que hacían saltar limpias carcajadas a todos los grupos de aceituneros desparramadas por la heredad.

Mirando pesadamente a izquierda y derecha, la hija con un hilo de voz cortada se atrevió a hablar:

*-Bajo un olivo, madre,
se perdió mi honra
que halló un aceitunero
muy mala sombra.*

La madre levantó la mirada, la dirigió a la muchacha que estaba aturdida, y le recomendó la primera solución económica:

*-Si la has perdido, hija,
vano es buscarla,
dile a tu aceitunero
que ha de pagarla.*

Presto le contestó:

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

*-Eso le dije,
sonriendo me responde
que yo lo quise.*

La réplica no se hizo esperar y reforzaba los primeros argumentos:

*-Pues si tú has querido,
a quien te quejas;
resuelve ahora, niña,
tus falsas cuentas.*

La hija, lanzada, quiso ampliar su exposición:

*-Bajo un olivo, madre,
la noche entera,
rodeada de brazos
estuve ajena.*

Profeta de las circunstancias, la madurez, pronostica las consecuencias sociales de los devaneos juveniles en el supuesto caso de que la semilla fructifique:

*-Encima de la tierra
están los cercos
que le pondrá la gente
a tus excesos.*

Queriendo suavizar el quebrado panorama, la hija susurra finalmente:

*-Bajo un olivo, madre,
rompí mi honra...*

Pero la madre, cogiendo bajo el brazo la espuerta con las pocas aceitunas recogidas, no dejó que terminara la frase:

*-Si la perdiste, hija,
no tengo otra.*

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

Una distancia de tres pasos viajaba hacia la colina donde tronaban las voces de los asalariados.

22

ACCIDENTE MORTAL NO PREVISTO

De una olivarda silvestre brotó a lo lejos un punto zigzagueante que parecía no tener rumbo fijo, pues su trayectoria era el perfil de varias líneas quebradas y curvas. Pero observándolo más detenidamente, la volátil materia daba sentido a su desconocido vuelo. Se posó torpemente en las ramas bajas de un membrillo de los muchos que formaban avenida de homenaje al arroyo que partía en dos partes desiguales al olivar. Escasos segundos duró la parada. Descendió unos palmos, y se posó sobre la mullida alfombra de musgo que, irregularmente, se extendía en el sombrío sendero del arroyo.

Era una vulgar mariposa de la col, de color blanco, hembra parturienta que iba depositando centenares de diminutos huevos en los lugares que su especie tenía programados.

Se despidió del musgo, y después de proyectar su simétrica sombra sobre los bastos terrones del olivar recién arado, hizo un descanso en un olivo acebucheno, que con razón los moros le llamaban rústico y poco refinado. (Éste era hermano bastardo del olivo manzanillo. Pero el dueño en un rasgo de generosidad democrática había respetado su existencia -parca en frutos y calidades- para poner un poco de contraste a su cuidado olivar cosechero.)

Desde el norte sopló una violenta ráfaga de aire -semejante al suspiro de una desesperación- que hizo que se movieran con la rapidez del olvido dos largas ramas que sobresalían del acebuche. La mariposa, siguiendo el impulso de su primer instinto, descendió en picado con tan mala fortuna que recibió sobre su cuerpo de cera el impacto de las dos ramas que se encontraron en un brusco choque. No sufrió. Su materia sensible se convirtió en deformada insensibilidad chorreante.

Un par de mariquitas que estaban dándose un banquetazo de pulgones entre las hojas secas del olivo cambiaron el encarnado brillante de sus élitros en ocre amaranto en el mismo momento que vieron el desafortunado accidente. Una tras otra, cargadas con sus

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

seis puntos negros, corrieron a su máxima velocidad y se escondieron detrás de un pedazo de corteza desprendida del tronco del olivo más cercano.

Todo ser viviente del olivar enmudeció. Las canciones de todas las bocas huyeron espantadas con sus huellas de tristeza y sus pelucas de pelo de maíz. Un silencio casto se esparció entre los olivares. El enigma de mil lenguas con su fuerza de lenguaje misterioso. El perdón de los que aman parecía aquel silencio que hablaba con mil lenguas.

¡Pobre mariposilla que en la rama de un olivo te has quedado clavada en un espasmo de muerte, mientras tu trompa chupante extraía el zumo amargo de aprendiz de olivo!

¡Pobre mariposilla, te destruiste en un beso! Tu enamoramiento súbito fue una muerte instantánea. ¡De qué te sirvió tu vestido estampado y tu cara tan pintada de polen protegida con dos antenas? Sin embargo, tuviste suerte: tu círculo vital es una línea cerrada.

Los olivos, todos al unísono, te lloran desolados con gruesas lágrimas inconcebibles de sufrimiento y se cubren con su manto negro y silente para manifestar su dolor social. Tres días con sus noches duró el luto decretado oficialmente.

Al tercero, otro empujón de viento esparció tus secos restos que se convirtieron en paisaje y humus.

¡Ay, pobre mariposa, qué bella parecías cuando jugabas en el arroyo!

23

AMISTAD DEL OLIVO Y DEL HOMBRE POETA

En lo alto, todavía más alto del espacio de las aves, las nubes van deshilachando su ovillo de algodón y al hacer madejas, aparece sensual del techo cielo, como levadura, el azul brillante con sus destellos de fríos ardientes. La pluma gualda del sol recorre con su ojo caluroso esos senos verdes grisáceos simétricamente parcelados que forman los olivos granulados sobre el paisaje.

Sentado en una silla de ocre anea (un regalo de la abuela a mi madre en el día de su boda), como sintiendo vergüenza de esa luz neta (más limpia que blanca), como sintiendo vergüenza de ese sol arrogante, me cobijo bajo las copas presumidas de mi olivo para gozar el suave frescos de su sombra.

El río detiene su cauce. Enmudece el viento que sopla. Callan los pájaros que trinan. El pensamiento se detiene en su lóbulo craneal. Bostezan, esperando agua limpia y más fresca los parduscos barbos del río.

Tuve que romper la quietud. Alguien tenía que hacerlo. Saqué del pecho, donde lo tenía arropado, un manoseado libro de poemas. Retiro la hoja de olivo que me indicaba por donde iba leyendo, y continuo en voz alta recitando a mi olivo amigo los poemas de su gusto y el mío.

Los vecinos que pasan, se ríen por lo bajo, cuchichean entre ellos y se dicen al oído: *Ya está el loco con sus viejas historias*. Yo soporto indiferente ese gozo que les provoco. Y me digo sin palabras fónicas -mientras levanto la vista- que algo tendrán estos versos que leo cuando hasta callan los pájaros que trinan y enmudece el viento que sopla.

Entonces, con oídos de sordo, prosigo en mi libro de pastas de sonrisa de china, leyendo poemas a mi olivo... que escucha.

EL VIEJO OLIVO

Enrique Alcalá Ortiz

ÍNDICE		
Nº	TÍTULO	Página
1	Se coronan con ramas de olivo	3
2	Jornadas de ocupación	5
3	Mi declaración de principios	7
4	El aliento de mi alma aceitosa	9
5	Cultivador aceitoso	11
6	Sudores calientes	12
7	Tú tenías ganas de descubrimientos	13
8	Crepúsculo marrón	15
9	Las hojas (1)	16
10	Las hojas (2)	17
11	Estaca	19
12	Días de pistilos fecundos	20
13	Poda curativa: savia nueva	21
14	Lagrimones de aceituna	23
15	Fiesta vegetal	25
16	La tarde de un olivo coqueto	27
17	Secretillos	29
18	Buen apetito	31
19	Cumpleaños	33
20	Balada del zorzal frito	34
21	La honra que se perdió en el olivar	35
22	Accidente mortal no previsto	38
23	Amistad del olivo y del hombre poeta	40